

Nos visitó Xosé Castro Roig*



De visita en Buenos Aires, y de paso hacia Rosario, el día 18 de noviembre nos visitó el Traductor Xosé Castro Roig. Xosé es conocido en numerosos foros electrónicos a través de sus artículos y opiniones certeras y perspicaces sobre la profesión de traductor, en general y sobre el uso del español neutro en particular.

Costó convencerlo, porque el destino en la Argentina era la Jornada de Traducción que se realizó en Rosario los días 13 y 14 de noviembre. Pero ni bien anunciamos la charla, los teléfonos no pararon de sonar y nos vimos obligados a realizar el encuentro en un lugar más amplio que contemplara la asistencia de más de 100 personas.

De manera amena, contó sus primeros pasos en la profesión, sus errores y convicciones. Dio un pantallazo sobre el mercado internacional y profesional de la traducción. Nos explicó por qué se siente feliz de haber elegido esta profesión y habló de un tema tan controvertido y candente como el de honorarios, apelando a las palabras simples para explicar la importancia de educar al cliente y también la

convicción que deben tener nuestros colegas del trabajo profesional que realizan a la hora de decidir cuánto se debe cobrar una traducción.

Fue un placer escucharlo durante tres horas y de no haber sido porque estaba pautada la hora de finalización... la charla se hubiese prolongado hasta que las velas se apagarán.

Gracias Xosé.



(*) El traductor Xosé Castro Roig es traductor profesional desde 1989, residente en Madrid, España. Especializado en traducción técnica, informática y audiovisual. Además de traducir, también ha escrito artículos sobre traducción, presenta un programa en la Televisión Española, y ha sido docente de diversas materias para traductores, periodistas y directivos de empresas.

Mi primera visita a la Argentina no fue tan sorpresiva como esperaba. Me explico: Internet y los ciberamigos allanan mucho el terreno porque hacen que los países —por distintos que sean— se le hagan a uno más familiares, más comprensibles y tangibles en la distancia. Pero es que Buenos Aires no es tan distinto de la vieja Europa como para que el contraste sea «tan» llamativo. He estado en muchos países antes, pero nunca como en Buenos Aires he sentido la sensación de que no me había movido de Madrid. Y es que hay tantos aspectos de esta ciudad que me resultan tan conocidos... o propios: los bares, la gente, la forma de vestir, esa sana costumbre —más bien, necesidad— de relacionarse, de departir con amigos, de almorzar y cenar a deshora. En el día a día y en las relaciones personales, Madrid se parece más a Buenos Aires que a cualquier otra capital europea o latinoamericana.

Y viniendo de Madrid, también me llamó la atención y cortesía de los vendedores, disfruté

con la abundancia de librerías y con los libreros (especie en extinción en España, reemplazada por dependientes ignaros que venden libros como quien vende jamón), me quedé estupefacto en El Ateneo de Santa Fe y también al comprobar que, en Buenos Aires, hay casi tantos teatros como cines.

Disfruté los edificios decimonónicos del centro, el bullicio multirracial del Once, la atractiva decadencia de la Boca y Constitución, de las villas de la periferia, penetré en esos templos del «turisteo» y las compras que son Caminito y Florida, me asombré con el cementerio de la Recoleta, caminé las calles del Palermo de Borges, navegué algunos canales del Tigre y visité Rosario. Fue una primera visita al país del que mi abuelo se enamoró y nunca quiso marcharse, sino fuera porque mi abuela lo trajo de vuelta a España. Sino fuera por mi abuela, este que escribe ahora sería argentino.

Xosé Castro Roig